

REVISTA VALLESANA

PERIODICO QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN. 1'00 pesetas trimesrre
Número suelto: 15 céntimos.

REDACCIÓN: Calle Corró, 9
ADMINISTRACION: Calle Nueva, 18

La diplomacia, sostén de la paz?

Mucho tiempo llevamos en que la diplomacia europea anda agitada en reuniones y conferencias, desplegando en ellas todas sus energías y habilidades, virando en diversos rumbos según fueren las circunstancias del momento en el horizonte político mundial, y las que se dejan entrever ya en un porvenir no lejano.

Y ello es que la diplomacia europea fué impotente para evitar la pasada guerra y es más que probable resulte también ineficaz para procurar una paz estable y duradera.

¿Por qué? ¿Cuáles son las razones?

Ello intentamos declarar con breves consideraciones en este artículo.

La diplomacia como arte de bien gobernar a los pueblos, establecer y coordinar armónicamente las relaciones de unas naciones con otras bajo sus varios aspectos político, económico, social, etc.; la diplomacia, repetimos, para ser fecunda y provechosa, ha de inspirarse y fundarse sobre las bases de la *sinceridad*, de la *suavidad* y de la *caridad*, supuesta siempre la justicia.

Exige suavidad, porque sin ella la diplomacia, propulsora y ordenadora de las relaciones internacionales, se apoyará no más, para sostenerse y hacerse valer, en el *derecho* de la *fuerza* o del más fuerte; y con semejante sostén no es posible una paz sólida entre los hombres por aquello de que «nada violento es duradero». Reclama sinceridad, porque sin ella resultará una diplomacia maquiavélica de astucia dolosa y fraudulenta; y con semejante procedimiento no se logra afianzar la paz entre los hombres y naciones. La caridad es necesaria, porque sin ella la diplomacia tiene por finalidad y fundamento el propio *egoísmo*, y con éste, manantial de toda discordia habida en el mundo, no hay manera

posible de asegurar la paz entre las naciones de intereses encontrados.

Había olvidado mucho todo ello la diplomacia europea antes de la guerra, como todas las diplomacias puramente humanas que de Dios prescindían y de los supremos principios de la religión cristiana; y es de lamentar aún al presente semejante olvido, apoyándose la diplomacia mundial en sus trazos generales, en la *fuerza*, en la *astucia*, en el *egoísmo*.

Al reunirse los hombres públicos diplomáticos de las naciones, aquellos han podido ser y han querido ser más exigentes, e imponer sus puntos de vista a los demás, que se han creído *más fuertes*, viéndose sus contrarios obligados a aceptar las condiciones impuestas, no de buen grado entrando en razón, sino a la fuerza ante la perspectiva de futuras amenazas. Semejante proceder y concepción de la diplomacia que se sostiene por sola la *fuerza*, produce secretos rencores y deseos de venganza en el *menos fuerte*, que se van acrecentando con el tiempo, hasta que llega un momento de circunstancias propicias en que fine la paz forzada impuesta y sostenida por la *diplomacia* de la fuerza, y sobreviene nueva espantosa guerra.

Otro sí débese lamentar que como el maquiavelismo erigióse en el mundo en sistema de gobierno en el orden político, también en el campo diplomático llegó a imperar con sobrada influencia. Y, en cambio, precisa recordar que la astucia y mañosa habilidad, cualidades peculiares del maquiavelismo, no son precisamente las únicas, ni aún principales dotes del hombre diplomático, como así se ha reconocido en teoría y llevado a la práctica en la mayoría de los casos y negocios diplomáticos. Este sistema, hoy imperante, de diplomacia mundial no cristiana fundada en recursos de oratoria y habilidad puramente per-